

Los *Diarios* de Martí y el hombre natural

María Fernanda Pampín

Profesora. Universidad de Buenos Aires.

En los escritos de José Martí, a lo largo de los diferentes poemarios, en las traducciones de otros autores, así como también en «Nuestra América», notamos la constante aparición —paulatina, aunque también firme—, de una filosofía de la naturaleza con sólidas bases en el discurso trascendentalista.¹ La consolidación de esa filosofía se logra a través de la materialización de un concepto: el *hombre natural*, que es también la configuración de un sujeto particular plantado en el eje de los diarios martianos; sin embargo, para poder llegar a este punto, es necesario revisar determinados aspectos genéricos.

Cuestión de género

Los *Diarios* de José Martí permiten articular diferentes lecturas que, sin embargo, no son contradictorias entre sí. Pretendo indagar en sus textos más autobiográficos; para ello, es legítimo cuestionar, en una primera

Primera mención en el Premio *Temas* de Ensayo 2007, en la modalidad de Estudios sobre arte y literatura.

instancia, el problema del género. ¿Cómo leer los *Diarios*? Una definición teórica nos posibilita avanzar. Según Jean-Philippe Miraux, el Diario es una de las formas de la autobiografía, como las Memorias, los Recuerdos, etc. Se distingue de otros discursos en que no es un recorrido de acontecimientos pasados. Se propone como actualización del presente.

El diario enlaza el hilo de la existencia; no recompone el curso de una vida, no es una anamnesis (una evocación voluntaria del pasado), sino el paciente y metódico inventario de una vida día a día. No va desde el presente al pasado, sino que se realiza en el instante de la enunciación más o menos instantánea; incluso, si bien emplea la mediación de la escritura, arraiga en la inmediatez.²

Por lo tanto, el momento de la escritura se plantea, al menos, como simultáneo o inmediato a los hechos. No vincula mayormente recuerdos almacenados en la memoria, sino reproduce «lo reciente». Otro rasgo tipificador, según Miraux, es que un Diario se escribe en la intimidad con la idea de no ser publicado más adelante.

Sin embargo, la complejidad discursiva de los *Diarios* martianos nos impide ceder a una simple

—o única— definición. Conviene más, por consiguiente, figurarnos una cooperación de tipos (en el sentido de que operan conjuntamente) de los que Martí apropia lo que le conviene de cada uno de ellos. Así, proponemos distinguir el *Diario íntimo*, el *Diario de campaña* y el *Diario de viaje*, para diferenciar, además, los dos tramos del texto —utilizamos el término «tramo» para pensar los aspectos distintivos en *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* y aprovechar la carga de distancia, viaje, que conlleva.

El Diario íntimo funciona como un tipo central que contiene los dos restantes: el Diario de campaña y el Diario de viaje, que se superponen y articulan entre sí. Según Ottmar Ette, «el relato de viajes es la forma de escritura literaria y científica en la que quizá se plasme con mayor claridad la relación de la escritura con el espacio, su dinámica y su necesidad de movimiento».³ Agregamos a esta definición que el espacio es paisaje, pero también territorio. Por ello podemos remitirnos a la segunda tipología, el Diario de campaña, relacionada con el propósito del viaje. ¿Por qué y para qué se viaja? Se viaja para hacer la guerra, por la independencia de Cuba. De ahí que la forma del viaje, tanto como las posibilidades de movilización de los sujetos, dependerán de ese propósito.

Territorio y paisaje en la naturaleza. La mirada político-militar y la mirada estética

Para poder dar cuenta de dos tipos de Diarios entrecruzados —es decir, el Diario de viajes y el Diario de campaña—, es preciso aproximarnos a la idea de *paisaje*, que nos permite realizar la distinción.⁴ En un sentido general, se relaciona con la armonía de la naturaleza. La concepción de armonía es una temprana formulación romántica vinculada con la aspiración a un equilibrio armónico entre el sujeto y el mundo, lo cual reconocemos en los discursos filosóficos del romanticismo alemán primero y del trascendentalismo después. En cualquiera de las definiciones posibles de paisaje, se percibe la carga estética que la domina, para luego incluir rasgos de tipos geográficos, económicos, etc. El paisaje está atravesado por el concepto de belleza e implica un escenario y un espectador que deposita valores en él. Por otro lado, refiere a un *territorio*. Un espacio, siempre exterior, donde la naturaleza no se encuentra trabajada por el hombre. Reflexionar sobre el paisaje permite también establecer las relaciones del hombre con su entorno.

Durante el período de difusión de la *Natürphilosophie* se conforma una sensibilidad especial hacia el paisaje y la naturaleza, que se distingue de las maneras de pensar esos conceptos hasta ese momento. Se produce,

entonces, una visión integradora entre el arte, la ciencia, la filosofía y la religión que permite la aparición de la idea de paisaje, tal como la conocemos en la actualidad. Este nuevo modo de pensar la percepción de la naturaleza afirma la relación directa entre el individuo y el cosmos. Martí, según nuestra lectura, incorpora esta primera mirada filosófica alemana del paisaje, pero incluye en ella la relación entre sociedad y cosmos.

Entre los representantes de la *Natürphilosophie* figuran Friedrich von Schelling, Novalis, Carl Ritter y Alexander Von Humboldt, quien adquiere relevancia particular para esta lectura por sus viajes a Latinoamérica y su idea de paisaje. El hombre, en sus textos, se siente «integrado» al Universo, no separado de él. Humboldt entrega al lector una imagen espiritualizada de la naturaleza; la posibilidad de una armonía original está siempre presente.⁵

Como sostienen Graciela Silvestri y Fernando Aliata, «en este clima, la percepción de la naturaleza como paisaje alcanza su plenitud»,⁶ y es cuando prima la percepción visual. La naturaleza se ofrece a la mirada como un escenario, según se aprecia en este fragmento de *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*.

A las cinco, con el coronel Ferié, que vino anoche a su cafetal de Jaragüeta, en una altura, y un salón como escenario, y al pie un vasto cuadro, el molino ocioso, del cacao y café. De lo alto, a un lado y otro cae, bajando, el vasto paisaje, y dos aguas cercanas, de lecho de piedras en lo hondo, y palmas sueltas y fondo de monte, muy lejano.⁷

En cuanto a la concepción de territorio a la que llegan Silvestri y Aliata, importa la configuración de la carta geográfica, del mapa. Allí, a diferencia del paisaje, la mirada subjetiva se vuelve objetiva. Con la colaboración de una carta geográfica se puede ver lo que no está a la vista; entonces, ver es también conocer. Al representar un territorio se logra su dominio (por ejemplo, los viajes de conquista de nuestro continente). El origen del trabajo sobre el territorio se encuentra en los saberes militares; es la idea de un punto de vista desde donde observar. De ese modo, se registra el terreno para conocer el campo de batalla. En *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, el reconocimiento y la descripción que Martí realiza del lugar puede incluirse entre los escritos de campaña.

El territorio, además, rearticula los conceptos de tiempo y espacio ligando las categorías de geografía e historia. «El objeto paisaje se colocaría así en “la articulación, la juntura, indiscriminable, entre espacio y tiempo”».⁸ Esta definición de paisaje puede explicarse en Martí como la vinculación entre naturaleza e historia. Esto es lo que permite ver la integración entre hombre, territorio, naturaleza e historia. Además, conocer el terreno —es decir, delimitar el territorio—, para Martí significa poder conocer la disponibilidad de los

elementos de la naturaleza, de sus recursos: aquello con lo que el hombre pretende y puede contar.⁹ Al respecto, Silvestri y Aliata plantean:

Si por un lado en el siglo XVIII asistimos a la aparición de la idea de paisaje subjetivo, de naturaleza como invocación del alma humana [...] por el otro y de forma contrapuesta, encontramos la idea de Naturaleza como un bien común a disposición de la humanidad, como un objeto a explotar para beneficio de todos.¹⁰

En los *Diarios* convergen estas dos miradas diferentes de la naturaleza. Se inauguran allí dos perspectivas para acercarse a ella: la *estética* y la *político-militar*. La primera se vincula con la imagen poética: reproduce, fundamentalmente, el tema del Trópico y aparece en los dos *Diarios* ligada a la idea de paisaje. La segunda se limita a descubrir las necesidades de Martí y sus compañeros para la guerra que están llevando a cabo y prevalece en *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, aunque también pueda apreciarse en *De Montecristi a Cabo Haitiano*.

Aproximadamente desde 1891, Martí decide trabajar exclusivamente para la liberación de Cuba. Comienza entonces los preparativos de la revolución que encabezará con Máximo Gómez y Antonio Maceo. Inicia su viaje en Nueva York el 31 de enero de 1895 y termina en Dos Ríos el 19 de mayo de ese año, con su muerte. En este punto de partida encontramos la «cooperación» genérica entre lo que denominamos el Diario de viaje y el Diario de campaña. Martí realiza un viaje, que va a relatar, pero este transcurre durante la guerra.

De Montecristi a Cabo Haitiano comienza el 14 de febrero de 1895 y finaliza el 8 de abril. Faltan algunas anotaciones desde el 19 de febrero al 1 de marzo, y del 6 al 19 de marzo, vinculadas principalmente con las urgencias y contingencias de los desplazamientos en la guerra. En este diario, que se presenta como una carta dedicada a las niñas María y Carmen Mantilla, la cuestión del destinatario señala, desde el inicio, una escritura diferenciada y marca un recorrido temático que explica, por medio de esa decisión, tanto el contenido del texto —con un tono en algún punto más familiar— como sus omisiones.

De Cabo Haitiano a Dos Ríos empieza el 9 de abril y termina el 17 de mayo, dos días antes de su fallecimiento.¹¹ Se abre con la despedida del grupo que desembarcará en Cuba en una zona del oriente de la Isla, dos días más tarde.¹² Aquí tiene lugar una nueva experiencia: la de un *viajero* que desconoce el destino; pero se trata también de una travesía singular. Se dirige a la propia tierra: relata el regreso al punto de partida que significó el exilio, aunque adquiere también un carácter de descubrimiento.¹³

Para distanciarse de esa situación pretende y se esfuerza por nombrar la naturaleza con las

denominaciones del lugar. Podemos presumir que, con ese propósito, consulta a los lugareños, sobre todo por la confusión que, en los manuscritos, revela su desconocimiento para escribir los nombres: Martí oye esos términos, en muchos casos, por primera vez. Es lo que sucede con la topografía, pero también con la flora y la fauna del lugar. En una de las marchas del ejército por el monte cubano, describe:

Como por sobre alfombra van los caballos, de lo mucho del césped. Arriba el curujeyal da al cielo azul, o la palma nueva, o el dagame que da la flor más fina, amada de la abeja, o la guásima, o la jatía. Todo es festón y hojeo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujeyes; el caguairán, «el palo más fuerte de Cuba», el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua, de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, «vuelven raso el tabaco», la caoba, de corteza brusca, la quiebrahacha, de tronco estriado, y abierto en recios, cerca de las raíces (el caimitillo y el cupey y la picapica), y la yamagua, que estanca la sangre.¹⁴

En este texto, la enumeración de especies de la flora cubana resulta excesiva. La intención de demostrar el conocimiento del lugar es, en algún punto, agotadora para el lector, por la repetición del procedimiento hasta la saturación. Los Diarios martianos producen un extrañamiento respecto al género «literatura de viajes» en general y, particularmente, en relación con el tema del trópico. Su relato no despierta la fascinación de lo exótico, la mirada sorprendida de quien observa por primera vez, y eso porque —aun cuando Martí lo haga— intentará reiteradamente que no lo parezca porque pretende eliminar del texto los restos de lo desconocido. La percepción de lo nuevo, que ofrece y regala al lector este tipo de relato, desaparece en la prosa de Martí porque reitera —y quiere dejarlo bien claro— que es cubano, y Cuba no debe/puede sorprenderlo. Su viaje no cuenta sobre el «otro», sino sobre «nosotros». Por otra parte, la falta de exotismo se vincula, desde luego, con la integración del hombre a la naturaleza, que mencionaremos en el apartado siguiente.

En los dos Diarios se marcan diferencias fundamentales; mientras *De Montecristi a Cabo Haitiano* tiene construcciones más complejas —que utilizan, por ejemplo, oraciones subordinadas, y exquisitas y extensas descripciones del paisaje—, el relato en *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* se acerca mucho más a la escritura telegráfica; por eso aparecen las frases breves, el relato vertiginoso y la urgencia siempre latente. Apunta Martí en plena guerra: «Se pelea mucho en Bayamo. Está en armas Camagüey. Se alzó el Marqués, y el hijo de Agramonte. Hiede».¹⁵ La celeridad que expresan estas líneas se opone a la descripción del sonido del mar cuando todavía la expedición viajaba rumbo a Cuba y los tiempos eran,

La naturaleza se presenta a la medida del hombre. No existe un dominio de ella, sino una integración, un concepto de armonía. No es un exceso, aunque la enumeración de nombres lo simule y, habitualmente, la sobreabundancia se piensa como cantidad, pero también como desorden y, en cambio, la serenidad es el aspecto primordial de la naturaleza martiana en los *Diarios*.

en esos días, menos presurosos: «La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora. Más de una hora».¹⁶ Esta es, por cierto, una diferencia fundamental entre lo que llamamos Diario de viaje y Diario de campaña, y se basa en que ambas escrituras responden a distintos momentos y necesidades de Martí. En plena guerra, resulta imposible ponerse a describir los árboles y los frutos, cuando hay heridos que atender; la guerra no tiene momentos de distensión y reposo, por eso la mirada es diferente a la que aparece en la primera etapa de su viaje. En el mismo sentido, ya Ottmar Ette explicó que «la función poética no es un simple accesorio ornamental, ni mucho menos un factor perturbador, sino que es un componente esencial de la forma moderna que presenta la literatura de viajes occidental».¹⁷ Con esta cita confirmamos y apoyamos nuestra distinción entre los dos subtipos de Diarios.

La mirada que Martí posa sobre el paisaje no se limita a describir, sino que intercede, comenta. Pero no juzga, como el viajero occidental de los siglos anteriores, porque desconoce, Martí quiere «contar» su tierra.

La posición en la que se sitúa Martí durante la escritura de los Diarios se relaciona con la distinción entre el Diario de viajes y el Diario de campaña. Él escribe tanto en el viaje como en la guerra, pero también relata los acontecimientos mientras suceden. El lugar, por consiguiente, determina el tipo de Diario. Así, el mar y la travesía en bote hasta el desembarco en Cuba implican al relato de viajes, como el territorio y su desplazamiento en la isla durante la guerra suponen el Diario de campaña. Inicialmente, el viaje es el anhelo por llegar al destino y es aquí cuando el Diario íntimo (que subyace en los otros subtipos) cobra más relevancia.

El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar, ni de patria ni de mujer. A la patria ¡más que palabras! De mujer, o alabanza, o silencio. La vileza de nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro hombre.¹⁸

Llegar a Cuba es volver del exilio e independizar a su patria, para lo que trabajó durante largos años, y todo eso tiene mucho que ver con su situación personal. Luego, con el arribo a Cuba, la guerra toma el lugar antes ocupado por el viaje. Ya comienzan los preparativos y no hay tiempo siquiera para describir la llegada tan ansiada.

Bote. Salimos a las once. Pasamos rozando a Maisí, y vemos la Farola. Yo en el puente. A las siete y media, oscuridad. Movimiento a bordo. Capitán conmovido. Bajan el bote. Lluve grueso al arrancar. Rumbamos mal. Ideas diversas y revueltas en el bote. Más chubasco. El timón se pierde. Fijamos rumbo. Llevo el remo de proa. Salas rema seguido. Paquito Borrero y el General ayudan de popa. Nos ceñimos los revólveres: Rumbo al abra. La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras, La Playita (al pie de Cajobabo). Me quedo en el bote el último vaciándolo. Salto. Dicha grande. Viramos el bote, y el garrafón de agua. Bebemos Málaga. Arriba por piedras, espinas y cenagal. Oímos ruido, y preparamos, cerca de una talanquera. Ladeando un sitio, llegamos a una casa. Dormimos cerca, por el suelo.¹⁹

Considerado como Diario de viaje, el punto central del relato es el desembarco, pero las frases cortas, tajantes, otorgan ritmo y rapidez a la escena, que señala la agitación de la marcha. Toda la tensión («Nos ceñimos los revólveres») y emoción («Salto. Dicha grande») figuran en esas líneas que constituyen el punto de inflexión entre el Diario de viajes y el Diario de campaña.

La mirada político-militar del Diario de campaña no está centrada en la configuración de héroes de guerra, sino en la vinculación de los hombres, en la creación de redes solidarias. Los hombres son más compañeros y menos soldados.

Marcos viene con el pañuelo lleno de cocos. Me dan la manzana. Guerra y Paquito de guardia. Descanso en el campamento. César me cose el tahalí. Lo primero fue coger yaguas, tenderlas por el suelo. Gómez con el machete corta y trae hojas, para él y para mí. Guerra hace su rancho; cuatro horquetas: ramas en colgadizo; yaguas encima. Todos ellos, unos raspan coco, Marcos, ayudado del General, desuella la jutía [...] De pronto hombres: «¡Ah hermanos!». Salto a la guardia. La guerrilla de Ruenes, Félix Ruenes, Galano, Rubio, los diez. Ojos resplandecientes.²⁰

La reunión para preparar el refugio nocturno y la cena se presenta como manifestación de compañerismo.

Por lo tanto, la jerarquía militar se disuelve, aun cuando en diversas oportunidades aparecen alusiones a los grados militares. Como explica Susana Zanetti, «*De Cabo Haitiano a Dos Ríos* no se demora en el arte de la guerra. La epicidad se forja a través de un sujeto colectivo, cuya fraternidad se afianza en las dificultades y el esfuerzo».²¹

Finalmente, la distinción entre paisaje y territorio nos permite también reflexionar sobre el hombre natural, porque en él convergen las dos perspectivas de la naturaleza recientemente aludidas: la subjetiva, que liga al hombre al mundo que lo rodea, mediante una atención más espiritual hacia el paisaje, y la objetiva, que busca los beneficios que ella le puede brindar, de carácter más material. El hombre natural que estamos descubriendo necesita de ambos puntos de vista para desarrollarse.

Por una naturaleza armónica: la vinculación hombre/naturaleza

Anteriormente a los *Diarios* de Martí, la literatura sobre el Caribe, inaugurada con los *Diarios* de Cristóbal Colón, giraba en torno a una serie de estereotipos reiterados de manera incesante y vinculados al exotismo, la exuberancia, la belleza del paisaje, la idea de paraíso terrenal; en definitiva, lo que se conoce como el tema del trópico. Martí, sin embargo, según Ada María Teja, formula nuevos modelos iconográficos de la naturaleza, aun cuando se inserta en la tradición americana de la imagen tropical, característica de la literatura de viajes y la mirada europea que muchos de los escritores cubanos reproducen en sus escritos.²² En *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* «Martí elimina la comparación y se centra en lo que ve, Cuba»,²³ afirma Ada M. Teja. La naturaleza abandona el exotismo y la desmesura y pasa a ser parte de lo cotidiano. Su representación de ella no es «caótica» ni «inquietante» sino familiar, apacible.

La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiquea, y su coro le responde; aún se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de paguá, la palma corta y espinuda; vuelan despacio en torno las animitas; entre los ruidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima; es la miriada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿Qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿Qué danza de almas de hojas?²⁴

Esta nueva idea de la naturaleza trasmite sensaciones de sosiego y armonía. Las descripciones no solamente son visuales, sino que añaden otros sentidos que complementan las impresiones: el tacto («¿qué alas rozan

las hojas?») y el oído («¿Qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas?»). Todo el cuerpo del hombre está preparado para sentir la naturaleza. Detrás de esta representación particular, podemos reconocer el apoyo que Martí obtuvo del discurso trascendentalista. La naturaleza se presenta a la medida del hombre. Por lo tanto, no existe un dominio de ella, sino una integración, un concepto de armonía. No es un exceso, aunque en ciertas oportunidades la enumeración de nombres lo simule y, habitualmente, la sobreabundancia se piensa como cantidad, pero también como desorden y, en cambio, la serenidad es el aspecto primordial de la naturaleza martiana en los *Diarios*.

Y admiré en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre.²⁵

El descanso necesario al grupo de revolucionarios continúa en los alrededores. La naturaleza simula acompañarlos a cada instante. Martí encuentra la estrecha relación de esta con el hombre, vinculada con lo cotidiano, con «estar» en la naturaleza. Por eso, describe rituales de la vida diaria: la comida, el momento del sueño, la preparación de remedios caseros y las reuniones entre amigos. Pero este relato de *lo íntimo*, de *lo cotidiano* forma parte también del género, y aquí regresamos al *Diario íntimo*. Como explica Maurice Blanchot, la elección del género implica un pacto: el autor debe respetar el calendario, pero para escribir todos los días es necesario, indefectiblemente, «ponerse bajo el amparo de los días comunes» y, por lo tanto, «lo que se escribe se arraiga entonces, quiérase o no, en lo cotidiano y la perspectiva que lo cotidiano delimita».²⁶ Si bien Blanchot formula esta situación del escritor frente al *Diario* como una experiencia negativa en la que se da lugar a la futilidad de la vida y a la vanidad del autor, la posición de Martí recompone esta definición pues relata lo cotidiano, pero le otorga una dimensión más interesante, porque apoya lo íntimo con la comunión del hombre con la naturaleza y resignifica, por eso, esa liviandad de la insignificancia. En Martí, cada acontecimiento, por mínimo que parezca, adquiere relevancia. Se complace en su relato: es el gusto de las sensaciones y el placer del cuerpo al que se refiere Teja. La narración de lo cotidiano se transforma en la expresión de una profunda amistad del hombre con la naturaleza y de fraternidad humana.

El contacto profundo con la naturaleza otorga al hombre un saber ligado a la tierra y a las tradiciones. Este conocimiento se opone al saber intelectual que aparece en los *Diarios* —en especial en *De Montecristí a Cabo Haitiano*—, constituido a partir del conocimiento

de los libros, de las lenguas (Martí habla en francés, cita en alemán, lee y escribe constantemente frente a un campesinado que se presenta como analfabeto). En los *Diarios* de Martí, el hombre natural posee una suma de saberes que operan simultáneamente: el de la naturaleza, que se obtiene por el contacto con la tierra, y el de la sociedad, asociado con la organización de la comunidad y la constitución de la nación que ya prefiguraba Martí en «Nuestra América».

La idea del hombre natural se presenta en los *Diarios* a partir de esa alianza con la naturaleza para conseguir los alimentos,²⁷ los medicamentos y el refugio que ella le brinda en su paso por la geografía cubana.²⁸

Damos de lleno en la sabana de Vío, concha verde, con el monte en torno, y palmeras en él, y en lo abierto un cayo u otro, como florones, o un espino solo, que da buena leña: las sendas negras van por la yerba verde, matizada de flor morada y blanca. A la derecha, por lo alto de la sierra espesa, la cresta de pinos. Lluvia recia.²⁹

Aparece en la cita la mención del árbol por su utilidad: la «buena leña», que implica poder obtener calor y también la posibilidad de cocinar. No se trata de una lucha por la supervivencia en la naturaleza: prácticamente esta no ofrece espacio para la confrontación.

Y vamos conversando, de la miel del limón, que es zumo muy hervido, que cura las úlceras tenaces; del modo moro, que en Cuba no se conoció, de estancarse la herida con puñados de tierra; de la guacaica, que es pájaro gustoso, que vive de gusanos, y da un caldo que mueve el apetito; de la miel de abeja, «mejor que el azúcar, que fue hecha para el café».³⁰

La naturaleza ofrece beneficios y conveniencia entre sus elementos (*commodity*, en términos de Emerson), que en este caso son medicamentos y comestibles. Se trata de una compleja colaboración. No obstante, el goce del hombre en la naturaleza no es permanente, solo surge cuando logra confundirse en ella.

Lo imperfecto de esta existencia se conoce en que en toda ella apenas hay unos cuantos momentos de dicha absoluta, dicha pura, que son los de pleno interés, los de confusión del hombre con la naturaleza. (Emerson. La tarde de Emerson: Cuando pierde el hombre el sentido de sí, y se transfunde en el mundo).³¹

Esta declaración que Martí incluye en uno de sus Cuadernos de apuntes resulta particularmente interesante en la perspectiva de lectura de los *Diarios*, ya que nos permite reflexionar sobre la alegría rebosante de Martí mientras escribe los textos. El hombre es parte integrante del paisaje: se logra insertar en el lugar y este es la auténtica innovación que produce respecto de la literatura de viajes. El hombre se confunde con la naturaleza.

De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña,

de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza.³²

En algunas pocas oportunidades, la naturaleza abandona su amabilidad y deja marcas en el hombre. Es un movimiento que crece con la proximidad de la guerra: «Jornada de guerra. A monte puro vamos acercándonos, ya en las garras de Guantánamo, hostil en la primera guerra, hasta Arroyo Hondo. Perdíamos el rumbo. Las espinas nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y azotaban. [...] A las once, redondo tiroteo».³³ En pleno combate contra las tropas españolas, la naturaleza lastima al cuerpo del hombre natural y hasta en eso lo acompaña. Sin embargo, las heridas que sufren los hombres son causadas, en su mayoría, por enfermedades y por las circunstancias propias de la guerra. Coincidentemente con estas heridas, a medida que se desarrolla la guerra crece una idea de peligro inminente, de miedo constante que rodea a los personajes y a Martí: es la llegada de los enemigos.

Murió Alcil Duvergié, el valiente: de cada fogonazo, un hombre; le entró la muerte por la frente: a otro, tirador, le vaciaron una descarga encima: otro cayó, cruzando temerario el puente. ¿Y adónde, al acampar, estaban los heridos? [...] ¿Y el agua, que no viene, el agua de las heridas, que al fin traen en un cubo turbio? La trae fresca el servicial Evaristo Zayas, de Ti arriba. Y el practicante, ¿dónde está el practicante que no viene a sus heridos?³⁴

De este modo, la calma de antaño se vuelve urgencia en el combate. La mirada apacible debe transformarse indefectiblemente cuando por delante hay muertos o heridos. De acuerdo con Susana Zanetti, esta relación profunda con la naturaleza se ve alterada a partir del encuentro con Antonio Maceo y se manifiesta con el surgimiento de escenas de violencia.

El aporte más interesante de los textos de Martí, y en particular de los *Diarios*, para la representación de una idea de la naturaleza es la conformación de una moral ligada a la estética de la naturaleza que se basa en el discurso de Ralph Waldo Emerson.

¿Y el objeto de la vida? El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud. Hay carácter moral en todos los elementos de la naturaleza: puesto que todos avivan este carácter en el hombre, puesto que todos lo producen, todos lo tienen.³⁵

El texto, incluido en la semblanza que escribió con motivo del fallecimiento de Emerson, ofrece su propia interpretación de lo que Martí comprende como el carácter moral de la naturaleza. Luego continúa explicando:

El bosque vuelve al hombre a la razón y a la fe, y es la juventud perpetua. El bosque alegre, como una buena acción. La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza. El Universo va en múltiples formas a dar en el hombre, como los radios al centro del círculo, y el hombre va con los múltiples actos de su voluntad, a obrar sobre el Universo, como radios que parten del centro.³⁶

Según esta teoría (tan cercana a los principios de la Religión natural) existe entonces una armoniosa colaboración de elementos: Naturaleza + Hombre + Sociedad + Cosmos. Por esta suma, el individuo, centro del Universo, es el Uno Eterno; y el Universo fue creado para la enseñanza, el placer, el alimento y la educación humanos. Filosóficamente se acerca también a la *Natürphilosophie* de los románticos alemanes, pues al referir a la naturaleza moralizada Martí no reconoce en los *Diarios* la separación de la materia y el espíritu.

Historias mínimas: naturaleza/historia y naturaleza/sociedad

Sylvia Molloy considera que la autobiografía en Hispanoamérica remite a la fabricación de una imagen respecto a diversos modelos europeos y que esa lectura constituye una forma de «hacer patria». «De ahí que en tantos textos del diecinueve y no pocos del veinte la escritura autobiográfica se conciba como deber público, y que el yo que (se) cuenta cuente a la vez a una nación, o mejor dicho se cuenta *como* nación».³⁷

Si bien es probable que Molloy no pensara en Martí al hacer su lectura, nos apoyamos en sus reflexiones porque Martí pretende en sus *Diarios* encarnar en su figura esa nación, ese pueblo cubano, ese hombre natural y así representar el futuro. La idea de gobierno y de esperanza futura ya aparecía en «Nuestra América», Martí ahora la deja entrever, no obstante cuando también señala sus preocupaciones.

Me sorprende, aquí como en todas partes, el cariño que se nos muestra, y la unidad de alma, a que no se permitirá condensación, y a la que se desconocerá, y de la que se prescindirá, con daño, o por lo menos el daño de demora, de la revolución, en su primer año de ímpetu. El espíritu que sembré, es el que ha cundido, y el de la isla, y con él, y guía conforme a él, triunfaríamos brevemente, y con mejor victoria, y para paz mejor. Preveo que, por cierto tiempo al menos, se divorciará a la fuerza a la revolución de este espíritu, se le privará del encanto y gusto, y poder de vencer de este consorcio natural, se le robará el beneficio de esta conjunción entre la actividad de estas fuerzas revolucionarias y el espíritu que las anima. Un detalle: *presidente* me han llamado, desde mi entrada al campo las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez.³⁸

En diferentes oportunidades Martí señala su alto nivel de popularidad en los lugares que visita y va construyendo una personalidad que, aunque dice equipararse al resto del pueblo, sobresale constantemente. Esto representa un punto de tensión en los *Diarios*, entre querer ser todos y no dejar de ser «yo»,³⁹ especialmente en *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*.

Sin embargo, no solamente Martí encarna en su persona a la nación, sino que también la representa en la hibridez, en los campesinos, negros, mulatos, criollos y españoles diseminados a lo largo de su escritura como en el territorio cubano. Porque los *Diarios* son, por una parte, una autobiografía, en tanto cuentan la historia de uno, de Martí escritor y personaje (tal cual el pacto de lectura lo requiere), pero son también y por qué no, una Historia, pues constituye también la historia de otros, de muchos, del pueblo cubano. Los *Diarios* son una autobiografía plural, un relato de muchos «yo». Resulta interesante señalar los retratos de sus compañeros de guerra.

El que habla es bello mozo, de pierna larga y suelta, y pies descalzos, con el machete siempre en puño, y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados. Es Arturo, que se acaba de casar, y la mujer salió a tener el hijo donde su gente de Santiago. De Arturo es esta pregunta: «¿Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió, y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?». Y así, por el camino, se van recogiendo frases.⁴⁰

Este retrato, el primero del fragmento, muestra la morosa descripción que distingue (aunque no en modo privativo) a *De Montecristi...*, si bien este tipo de descripciones no se pierde en el siguiente Diario por la prisa del relato ante la proximidad de los enfrentamientos en batalla. Al retrato, Martí añade la inclusión de su voz para marcar las diferencias sociales. Las apreciaciones de Susana Zanetti sobre *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* pueden extenderse al primero de los textos. Según sus palabras, Martí es un reservorio, una multiplicación de historias individuales, de nombres, de parentescos y relaciones de trabajo entre personajes. Esta suma de historias permite la inclusión de voces diferentes.⁴¹ Así incorpora, por ejemplo, al General Corona, «Poi que yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política e como un debé de dinidá»,⁴² y hace ingresar las marcas de oralidad a su relato. También aparecen, entre otras, las voces de los haitianos en francés (con entrecorillado y en bastardilla). Recordemos, sin embargo, que es Martí, el intelectual, quien permite ingresar esas otras voces y que muchas de ellas predominan en *De Montecristi a Cabo Haitiano*, cuando va juntando hombres que puedan unirse para la guerra. Su imagen de la sociedad cubana posterior a la guerra es la de una sociedad integradora

de diferencias, de reconciliación de sectores sociales, de igualdad.

Para articular los términos historia/naturaleza/sociedad/hombre no precisa Martí un relato escrito según el orden de los acontecimientos, a pesar de que la forma Diario guarde una cronología y determine tal o cual fecha. Utiliza determinados elementos propios del discurso historiográfico para legitimar el suyo. Recurre, como la Historia, a testimonios, pero no reproduce documentos, sino que busca testigos de episodios pasados y les da voz; los testimonios ofrecidos son orales. Luego, no crea con ellos la Historia; presenta una serie de historias mínimas, necesarias para dar forma a la que él sí quiere contar. No pretende una relación de episodios registrados con exactitud, no es eso lo que busca. Se propone «registrar» su «yo», sus héroes —para los que deberá encontrar hazañas— y su pueblo. Aparece entonces un sujeto que se denomina «yo», pero que leemos como plural. Así conforma una identidad que tiene mucho de vivencia social compartida. El relato del *Diario* traduce una experiencia personal en una social; la convierte, la transforma en «nosotros».

El gran tema de los *Diarios* «es estar en la naturaleza y realizar la historia», sostiene Teja, porque los sucesos de las guerras que Martí relata tienen lugar en la naturaleza cubana, y así, al ubicarse en el mismo espacio de la acción, Martí puede «otorgar sentido» a ese territorio/paisaje.⁴³

La elección del género autobiográfico posibilita la comprensión de la escritura martiana anterior para redimensionarla y entender el momento histórico determinado: el paso hacia la Revolución de la Independencia y poder revisar, de este modo, los acontecimientos previos, como, por ejemplo, la Guerra Grande (1868-1878), pero también el presente, la Guerra del 95; por lo tanto, es posible reconocer la ficción de un presente que se crea por la sensación de inmediatez de la escritura de Martí. La historia que cuenta es la de todos, por eso no recurre a su vida privada sino a los testimonios que recoge entre sus compañeros. Los recuerdos de la Guerra Grande —así como de la Chiquita— se ven invadidos por discusiones y escenas de violencia que se introducen en los *Diarios* por medio del relato personal. Por ejemplo, la memoria de la Guerra de los Diez Años que la mambisa Caridad Pérez y Piñó cuenta, contribuye a apoyar y alentar al grupo: «Y siguió viviendo, predicando, entusiasmado en el campamento»,⁴⁴ agrega Martí a su relato. Las historias mínimas se multiplican en *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* precisamente porque avivan la llama revolucionaria. Los antiguos protagonistas se encargan de la narración y Martí, con su colaboración, construye las hazañas y los héroes cubanos que precisa para hacer su historia. Nunca

cuentan las batallas en las historias de las guerras anteriores, sino que se detienen en detalles individuales, y a los «héroes» los mencionan por el sobrenombre, para hacerlo todavía más personal.

Hayden White considera la obra histórica como «una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de explicar lo que fueron representándolos».⁴⁵ Su contenido estructural es de naturaleza poética y lingüística. Por eso nos detenemos en esta definición. No porque creamos que Martí escribió un libro de Historia, sino porque ambos discursos —el literario y el histórico— comparten algunos elementos estructurales. Para White, además,

[e]l discurso literario puede diferir del discurso histórico en virtud de sus referentes primarios, que son considerados acontecimientos imaginarios más que reales, pero los tipos de discursos son semejantes y no diferentes, ya que en ambos se maneja el lenguaje de tal modo que cualquier distinción clara entre forma discursiva y contenido interpretativo resulta imposible.⁴⁶

En este sentido, los *Diarios* comprenden una estructura histórica, y en ese contexto podemos leer su resignificación del pasado cubano. La secuencia de sucesos que Martí organiza en su texto (por decirlo de algún modo), comparte recursos con el discurso poético, pero también con el histórico, aun cuando no conserve una vinculación de orden cronológico. El centro de los *Diarios*, no obstante, consiste en reconocer que Martí crea una posible historia cubana pero, principalmente, y ese es el punto toral, está allí, en la guerra, «acampado» en la naturaleza, para hacer la historia. En el pueblo haitiano de Ouanaminthe, busca hombres para sumar a la revolución y los anima: «Les dije de guerra y de nuestra guerra, e iba cayendo la desconfianza, y encendiéndose el cariño».⁴⁷ El movimiento de Martí es, por lo tanto, doble: narra la historia al mismo tiempo que la realiza. Por eso es importante considerar la sensación de inmediatez que mencionamos anteriormente, porque ese doble movimiento se afianza con la ilusión del presente: «¡Pero qué triste noticia! ¿Será verdad que ha muerto Flor, el gallardo Flor?, ¿qué Maceo fue herido en traición de los indios de Garrido; que José Maceo rebanó a Garrido de un machetazo?».⁴⁸

La concepción martiana de la historia tiene que ver con el romanticismo, uno de los modelos historiográficos en boga en el siglo XIX. Según esa perspectiva, la historia se presenta como un relato de héroes. Carlyle concibió, en este contexto, las biografías de los «grandes hombres» (que luego Emerson consideró hombres representativos). Introdujo la creencia en las individualidades —en particular en la voluntad individual, tan relevante para el

trascendentalismo. Martí, que conoció el desarrollo de este pensamiento histórico, como aludió en diversas oportunidades, trabaja en los *Diarios* con múltiples componentes de la historia: primero, y a partir de la selección del género literario, registramos un «yo», el del propio José Martí; avanzado el relato va creando figuras de *héroes* para, finalmente, establecer al *pueblo*, un «nosotros» inclusivo, como creador de la Historia, atravesado por la naturaleza cubana.

La síntesis del hombre natural

La escritura de la memoria es una forma de dejar marcas, de trazar huellas de la propia vida. Los *Diarios* martianos establecen una relación entre lo autobiográfico y la experiencia social del poeta. Martí coloca su mirada en la conformación de una sociedad futura integradora de todos los hombres: negros, mulatos, campesinos, españoles, criollos, etcétera.

Si en sus poemas y en «Nuestra América» Martí va perfilando una idea del hombre natural, los *Diarios* materializan finalmente ese concepto. El hombre natural no es un sujeto individual sino que se postula como colectivo, un «nosotros», del que Martí puede plantearse como ejemplo para poder reflexionar sobre la sociedad futura y deseable para el pueblo cubano.

Martí propone llevar una teoría —la utilización y reformulación del discurso filosófico aportado por Emerson— a la práctica: el planteo del hombre natural se vuelve materia, encarna en su «yo» que participa de la guerra desatada en el territorio de la naturaleza y, de ese modo, hace la historia.

En uno de los juicios que emite sobre el pensamiento, Martí encuentra la necesidad de unir las dos grandes escuelas filosóficas: materialismo y espiritualismo. Si la verdad está formada por ambas corrientes, el hombre natural que aparece en los *Diarios* es su expresión. Gran parte del discurso filosófico de Martí se encuentra expresado en ese concepto, porque desde su perspectiva, solamente la naturaleza puede responder a las preguntas de la filosofía.

Notas

1. Este artículo forma parte de una investigación mayor titulada «El hombre natural como materialización en los *Diarios* martianos» aprobada en agosto de 2007 como trabajo final de adscripción a la cátedra de Literatura Latinoamericana II de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

2. Jean-Philippe Miraux, *La autobiografía. Las escrituras del yo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005, p. 16.

3. Ottmar Ette, *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, UNAM, México, D. F., 2001, p. 11.

4. Para el concepto de paisaje, véase Graciela Silvestri y Fernando Aliata, *El paisaje en el arte y las ciencias humanas*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994.

5. En sus *Cartas americanas* leemos: «Pero lo que es más bello aún que estas maravillas particularmente, es la impresión que produce el conjunto de esta naturaleza vegetal poderosa, exuberante, y sin embargo tan dulce, tan fácil, tan serena. Siento que sería muy feliz aquí y que esas impresiones me alegrarán frecuentemente todavía en lo porvenir». Alejandro de Humboldt, *Cartas americanas*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980, p. 13.

6. Graciela Silvestri y Fernando Aliata, ob. cit., p. 84.

7. José Martí, *Diarios*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 1997, p. 107.

8. Graciela Silvestri y Fernando Aliata, ob. cit., p. 161.

9. Ya en «Nuestra América» [*Obras completas (OC)*, t. 6, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, pp. 15-25] Martí reconoció la importancia de este aspecto.

10. *Ibidem*, p. 128.

11. Las páginas correspondientes al 6 de mayo fueron arrancadas. Diferentes hipótesis explican esta carencia.

12. Martí salió de Cuba por primera vez a los 16 años, deportado, y regresó en una única oportunidad desde agosto de 1878 hasta septiembre de 1879. Pese a la brevedad de su estadía en La Habana este viaje posee una importancia especial en la vida de Martí ya que no solamente tuvo como propósito complacer a su familia (en ese momento, además, nació su hijo José Francisco), sino que fue uno de los principales organizadores, junto a Juan Gualberto Gómez, de la conspiración dentro de la Isla que lo llevó nuevamente deportado a España. Al año siguiente, se establece en los Estados Unidos y comienza a organizar, desde la presidencia interina del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, a la comunidad de compatriotas emigrados en pos de la independencia de su país. Como explica Pedro Pablo Rodríguez, «Esa experiencia, que lo introdujo para siempre en la vanguardia del movimiento patriótico cubano, le llevó a clarificar, por una parte, la necesidad de convocar y reunir al pueblo cubano en torno a un programa que ofreciese solución a los males coloniales y que apareciese viable en las condiciones de entonces». Pedro Pablo Rodríguez, «El proyecto de José Martí: una opción ante la modernidad», en Ottmar Ette y Titus Heydenreich, eds., *José Martí 1895/1995: literatura-política-filosofía-estética*, Vervuert Verlag, Frankfurt del Meno, 1995.

13. Utilizamos el término deliberadamente ya que resultaría interesante leer el texto de Martí estableciendo lazos con la literatura vinculada a ese acontecimiento.

14. José Martí, *Diarios*, ed. cit., pp. 121-2.

15. *Ibidem*, p. 116.

16. *Ibidem*, p. 65.

17. Ottmar Ette, ob. cit., pp. 26-7.

18. José Martí, *Diarios*, ed. cit., pp. 76-7.

19. *Ibidem*, p. 81.

20. *Ibidem*, pp. 83-4.

21. Susana Zanetti, «El poeta en la guerra: *De Cabo Haitiano a Dos Ríos de José Martí*», *Actual*, n. 37, Mérida, septiembre-diciembre de 1997, p. 232.

María Fernanda Pampín

22. Para un recorrido sobre la representación de la naturaleza cubana en la literatura, véase Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2002.

23. Ada M. Teja, «El Diario de campaña de Martí como discurso descolonizador y canto de vida», *Annuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, 1993, p. 1143.

24. José Martí, *Diarios*, ed. cit., p. 88.

25. *Ibidem*, pp. 41-2.

26. Maurice Blanchot, «El diario íntimo y el relato», *El libro que vendrá*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1995, p. 207.

27. Como afirma Teja (ob. cit.), la función de la comida adquiere en los *Diarios* diferentes lecturas: tiene carácter de ofrenda, luego comunica familiaridad y afecto y, finalmente, es lo natural compartido.

28. El planteo de Emerson en este caso sería que «estamos *acampados* en la naturaleza, no *aclimatados*».

29. José Martí, *Diarios*, ed. cit., p. 112.

30. *Ibidem*, p. 42.

31. José Martí, «Cuaderno de apuntes N° 18», *OC*, t. 21 (Cuadernos de apuntes), ed. cit., p. 387.

32. José Martí, *Diarios*, p. 69.

33. *Ibidem*, p. 98.

34. *Ibidem*, p. 101.

35. José Martí, «Emerson», *OC*, t. 13, p. 25.

36. *Ibidem*, pp. 25-6.

37. Sylvia Molloy, «El teatro de la lectura: cuerpo y libro en Victoria Ocampo», en Juan Orbe comp., *Autobiografía y escritura*, Corregidor, Buenos Aires, 1994, p. 14.

38. José Martí, *Diarios*, ed. cit., pp. 124-5.

39. Es así que cuando llegan a la casa de *Toño* Calderón, Martí señala «y me dio su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, “el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer”». *Ibidem*, p. 46.

40. *Ibidem*, pp. 29-30.

41. Dice Susana Zanetti (ob. cit., p. 234): «Martí construye un nosotros de base democrática, apelando también a la flexión inclusiva de la oralidad: inundan el Diario la fonética, las expresiones coloquiales y regionales, los dichos, de una lengua oral que ingresa directa con frecuencia, a través de voces numerosas, anónimas, que casi disuelven la distancia entre su escritura y el lenguaje de los otros».

42. José Martí, *Diarios*, ed. cit., p. 56.

43. Ada M. Teja, ob. cit., p. 1160.

44. José Martí, *Diarios*, ed. cit., p. 90.

45. Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1992, p. 14.

46. Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 151.

47. José Martí, *Diarios*, ed. cit., p. 54. El énfasis es mío (MFP).

48. *Ibidem*, p. 92.

© TEMAS, 2009